

Jamás oí de semejante remedio para las pulgas

Sergio Gabriel Carbia¹ y Marta Patricia La Forgia²



Entonces Eugene se enderezó, berreando, arañándose. Ay, ay, mami, mami. Papá se enderezó: ¿Qué? ¿Qué pasa, hijo? Eugene siguió llorando y cuando papá saltó de la cama y encendió la lámpara de gas vimos las pulgas, saltando, brincando, pegadas de nuestros cueros. Les dábamos palmadas y palmadas pero ellas brincaban de cuerpo en cuerpo, brincando, picando. Nos rascamos las picaduras hasta que sangraron. Saltamos de la cama, los mellizos llorando, mamá gimiendo: ¡Ay, Jesús! ¿No tendremos descanso? Papá echó agua con sal en uno de los frascos de mermelada y nos la untó en las picaduras. La sal ardía pero él dijo que pronto nos sentiríamos mejor.

Mamá se sentó junto a la chimenea con los mellizos en el regazo. Papá se puso los pantalones y arrastró el colchón hasta la calle. Llenó la olla y la tetera de agua, alzó el colchón contra la pared, se puso a golpearlo con un zapato y me dijo a mí que echara agua en el suelo sin parar para ahogar las pulgas que caían.

Un hombre que bajaba en bicicleta se detuvo a preguntarnos por qué papá zurraba ese colchón. Madre de Dios, hijo, jamás oí de semejante remedio para las pulgas. Lo que hay que hacer es esto: cuando vuelvan a entrar el colchón póngalo al revés en la cama y eso confundirá a los bichos. No sabrán donde están y se pondrán a picar el colchón o entre ellas mismas, y ese es el mejor remedio de todos. Después de picar a un ser humano les entra el frenesí, ¿saben?, porque hay otras pulgas que también han picado un ser humano y el olor de la sangre es demasiado para ellas y se enloquecen. Son un maldito tormento y no iba a saberlo yo pues por algo me crié en Limerick, en Irishtown, donde las pulgas eran tantas y tan atrevidas que se te sentaban en la punta de la bota a discutir contigo la triste historia de Irlanda. Dicen que no había pulgas en la antigua Irlanda, que las trajeron los ingleses para que nos sacaran de quicio completamente, y los creo capaces de hasta de eso. ¿Y no es muy raro que San Patricio haya expulsado a las serpientes de Irlanda y los ingleses haya traído las pulgas? Tengo entendido que en los sitios donde hay montones de serpientes no hay pulgas. En Arizona, por ejemplo. Uno oye a todas horas de las serpientes de Arizona pero ¿cuándo han oído hablar de las pulgas de Arizona? Bueno, es hora de dejarlos con su colchón y recuerden lo que les dije: confundan a esos bichos.

Papá dijo: La gente de Limerick habla demasiado. Vamos, tendamos otra vez este colchón a ver si esta noche podemos dormir un poco.

Dormimos el resto de esa noche y al otro día vimos dónde se habían dado su festín las pulgas, en nuestra piel colorada por las ronchas y brillante por la sangre de las rascaduras.

Mamá hizo té y pan frito y otra vez papá nos untó agua con sal en las picaduras. Volvió a cargar el colchón y lo sacó al patio de atrás. En un día tan frío como ese las pulgas tenían que morir congeladas y todos íbamos a poder dormir por la noche.

El autor, Frank Mc Court (Estados Unidos, 1930-2009)

Nacido en Brooklyn, Frank McCourt se trasladó a los 4 años de edad a la pequeña ciudad de Limerick (Irlanda), sitio donde se desarrolla su obra maestra, *Las cenizas de Ángela*. Volvió a los 19 años a Estados Unidos, para posteriormente trabajar durante 30 años como profesor en el Instituto de Formación Técnica y Profesional McKea en Nueva York. Tras jubilarse en 1988, decide escribir su primera novela autobiográfica “*Las cenizas de Ángela*” que obtiene el premio Pulitzer y se adaptó al cine con la dirección de Alan Parker. A los 78 años muere de melanoma. Todos sus trabajos los publicó a partir de los 66 años y son: *Las cenizas de Ángela* (1996), *Lo es* (1999), *El profesor* (2005) y *Ángela y el niño Jesús* (2007).

Las cenizas de Ángela relata su miserable infancia en Irlanda, marcada por su beata y derrotada madre, Ángela Sheehan que tuvo 7 hijos, el alcoholismo de su padre y la muerte de tres de sus pequeños hermanos por enfermedades ligadas a la pobreza. La falta de dinero, la indiferencia de su padre y las humillaciones en que cae su madre van marcando la trama de la novela que culmina cuando el autor logra ahorrar dinero para volver a América.

Entre sus anécdotas destaca su bienvenida como profesor por parte de unos alumnos marginales que le tiraron un bocadillo de mortadela. A diferencia de otros colegas, McCourt no castigó a nadie, ni trató de imponer la autoridad (exponiéndose a perderla) sino que lo recogió del suelo y se lo comió.

Ha escrito “La gente en todas partes se jacta o se queja de los infortunios de sus primeros años, pero nada se puede comparar con la versión irlandesa: la pobreza; el padre alcohólico, locuaz e inestable, la piadosa madre gimiendo junto al fuego; sacerdotes pomposos; maestros abusivos; los ingleses y las cosas terribles que nos hicieron durante ochocientos largos años”.

Bibliografía

Mc Court F. *Las cenizas de Ángela*. 3ra edición. Editorial Norma, Bogotá, 1999, 70-73.

Fecha de recepción: 05/09/2013 | **Fecha de aprobación:** 06/09/2013

¹ Médico de planta. Docente adscripto en dermatología (UBA)

² Jefa de servicio. Docente adscripta en dermatología (UBA)

Servicio de Dermatología. Hospital General de Agudos “José María Penna”

Correspondencia: Sergio Gabriel Carbia, 12 de Octubre 1027, Quilmes, Argentina. e-mail: dermatopenna@gmail.com